

Domingo XIV. Año C

Introducción a una lectio divina sobre Lc 10,1-12.17-20

En la narración de la misión de los setenta y dos discípulos Lucas presenta el programa de Jesús para su comunidad que se encuentra ocupada en misionar: la escasez de obreros pone en camino a quienes con su mansedumbre, pobreza de recursos, desinterés personal y decisión total, deben acercar el reino de Dios a los hombres de forma eficaz y sensible. La misión evangelizadora, puesto que no nace de la capacidad del enviado, ha de ser llevada a cabo según la voluntad del que envía; la obediencia capacita al apóstol para hacer portentos.

Quien es enviado a predicar el evangelio no puede hacerlo según se le antoje; al enviado se le impone una tarea, la evangelización, y las condiciones de su realización. La alegría la gana el discípulo tras regresar de la misión cumplida: satisfacer el propio deber satisface al mandado. De sus manos salieron milagros y Dios ya conoce sus nombres. La recompensa a la labor misionera no puede ser mejor. Pero más que el triunfo experimentado tienen que valorar el que han sido ya considerados por Dios súbditos de su reino. Lo que llena al misionero es saberse conocido por su Dios, mientras lo dé él a conocer en el mundo.

En aquel tiempo, ¹designó el Señor otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. ²Y les decía:

«La mies es abundante y los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ³Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. ⁴No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. ⁵Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa". ⁶Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. ⁷Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. ⁸Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, ⁹curad a los enfermos que haya, y decid: "Está cerca de vosotros el reino de Dios.» ¹⁰Cuando entréis en un pueblo y no os reciban, salid a la plaza y decid: ¹¹"Hasta el polvo de vuestro pueblo, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros. De todos modos, sabed que está cerca el reino de Dios." ¹²Os digo que aquel día será más llevadero para Sodoma que para ese pueblo.»

¹⁷Los setenta y dos volvieron muy contentos y le dijeron:

«Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.»

¹⁸Él les contestó:

«Veía a Satanás caer del cielo como un rayo. ¹⁹Mirad: os he dado potestad para pisotear serpientes y escorpiones y todo el ejército del enemigo. Y no os hará daño alguno. ²⁰Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo.»

I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.

El pasaje es la crónica de la 'segunda' misión apostólica que Jesús realizó durante su ministerio (Lc 10,1-16; cfr. Lc 9, 1-6). La lamentable supresión, en esta versión litúrgica, del pasaje referente al rechazo de Jesús y su grave reproche (Lc 10,13-15) junto al anuncio del rechazo de sus enviados (Lc 10, 16) priva a la instrucción de su carga dramática. Solo Lucas menciona esta misión de los setenta y dos; la tarea encomendada y el modo de realización sigue el modelo de la primera (Lc 9,1-6); concluye, y es significativo, anotando la alegría que causó en los enviados el éxito de la misión (Lc 10,17), confirmado – y corregido – por el mismo Jesús : con ser prueba del triunfo del evangelio la victoria sobre el mal, lo que más debe interesar a quien evangeliza no son sus poderes sino su propia salvación (Lc 10,19-20).

La misión de los setenta y dos – el número de pueblos de la tierra según Gn 10 o el de los ancianos elegidos por Moisés para ayudarle en su tarea, según Nm 24 – no está justificada: es una decisión totalmente personal de Jesús. Para que su testimonio sea creíble, irán de dos en dos (cfr. Dt 19,15): Jesús hace que la misión sea 'comisión', no tarea individual sino empeño compartido. Ha multiplicado el número de sus enviados, no solo para enviarlos a todos los lugares donde él pensaba ir (Lc 10,1), sino también 'porque la mies es mucha y los operarios pocos' (Lc 10,2 Mt 9,27-28; Jn 4,35).

Es harto significativo que la primera consigna que dé a sus enviados sea la de rezar para que aumente su número (Lc 10,2): la labor evangelizadora ha de empezar rezando, pidiendo a Dios un más nutrido grupo de evangelizadores. Los que van se han de saber pocos en comparación con la tarea que emprenden. La han de emprender, confiándose a Dios.

El enviado no tiene tiempo que perder, sino una obediencia que cumplir: saberse mandado lo pone inmediatamente en camino. Y ha de saber que va a encontrarse amenazado y que ha de renunciar a la seguridad que dan las normales provisiones y a distraerse durante el camino (Lc 10,3-4). Quien acoja el mensaje, podrá acoger al mensajero; quien rechace el evangelio, será rechazado, y sin contemplaciones, por el evangelizador: el enviado de Jesús vive y reposa donde

el evangelio ha sido aceptado; al apóstol de Jesús no le pertenece ni el polvo del lugar donde no se ha aceptado su predicación.

No es casual que la misión finalice cuando los misioneros dan razón de su hacer y testimonien la alegría que sienten por haber sido evangelizadores: han experimentado el poder del evangelio sobre el mal (Lc 10,17). Jesús añade otro motivo de mayor alegría: puesto que sus nombres están ya registrados en el libro de la vida (Ex 32,32-33; Sal 69,28; 138,16), pueden contar con estar definitivamente a salvo (Lc 10, 20). ¿Puede haber mayor recompensa para una misión de obligado cumplimiento?

II. Meditación: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Acuciado por la urgencia del Reino y queriendo multiplicar su predicación, un buen día Jesús se decidió a compartir su misión personal con un grupo escogido de discípulos. Puesto que le preocupaba encontrar nuevos oyentes para su evangelio, sintió la necesidad de recurrir a nuevos predicadores. Y no tuvo a quien mandar mejor que a cuantos convivían con él y mejor lo conocían. Envió de dos en dos a cuantos antes había podido reunir en torno a sí. Quienes le habían seguido hasta entonces eran ahora llamados a precederlo: allí donde pensara ir él, debían llegar ellos antes. Esta decisión de Jesús, además de ser un episodio histórico, nos descubre uno de los elementos más importantes, y menos atendidos, de la naturaleza del discipulado: Jesús convierte a sus seguidores en misioneros. Es decir, envía a quienes conoce: apóstoles son solo los que le han sido íntimos. Puesto que el envío de Jesús supone la obediencia de los enviados, Jesús manda a quienes antes ya le habían obedecido. Se hace representar por cuantos han convivido con él. Serán sus lugartenientes quienes han sido sus compañeros de camino.

El discípulo de Jesús ha de contar, pues, con que, tarde o temprano, su Señor le envíe al mundo en su lugar y con su poder. Jesús quiso, y sigue queriendo, seguidores que le precedan anunciando el Reino. Los discípulos no lo son para quedarse siempre junto a Jesús. Acabarán un día por convertirse en sus testigos. Jesús necesita de todo aquel que se precie de ser discípulo, para preparar sus caminos. Sin enviados que lo antecedan, no podrá preparar su venida ni contará con un merecido recibimiento. El mundo, como Galilea en tiempos de Jesús, está tan necesitado de Dios, porque apenas cuentan - Dios y el mundo - de testigos que lo anuncien próximo. La escasez fue, y es, tan grande, la urgencia tan grave, que Jesús no sólo pidió el compromiso personal sino también la oración: no bastaba con la disponibilidad de algunos hombres, había que contar con la disponibilidad de Dios. Por ello, Jesús manda que oren aquellos que van a ser enviados: pedir operarios no exime de ir a trabajar; más bien, la oración es la mejor preparación, la etapa previa, antes de ser enviados. No lo deberíamos olvidar todos los que, por ser seguidores de Jesús, somos, o seremos, un día sus enviados. Los evangelizadores deben rezar antes de evangelizar.

Deberíamos preguntarnos si podemos contentarnos con seguir pidiendo que Dios mande apóstoles al mundo y negándonos a ser nosotros los enviados. Poco fiable es una oración que no nos haga más disponibles para hacer la voluntad de Dios. Nos creemos buenos discípulos de Jesús, sólo porque queremos serle fieles y estamos realmente preocupados por no apartarnos de él y perder su querer. Y aunque lamentemos que no todos comparten nuestra dicha, no por ello nos sentimos llamados a representarlo en el mundo. Pensamos hacer ya bastante con mantenernos en su seguimiento. Y dejamos para los demás que lo testimonien en el mundo. Jesús no quiere a su lado discípulos que no se atrevan a suplantarle, cuando haga falta; no desea contar con incondicionales que no lo abandonan nunca, ni siquiera cuando, en su nombre y con sus directrices, toman su puesto y anuncian a su Dios.

No podemos seguir quedándonos tan tranquilos pidiendo al Señor mejores apóstoles, pero temiendo que cuente con nosotros, o con algunos de los nuestros. Si tanta es la necesidad que nuestro mundo tiene de Dios, tantas más probabilidades habrá de que Jesús nos necesite. Y si lo primero que ordenó Jesús a quienes iba a enviar fue rezar para que Dios mandara operarios a su mies, está claro que una manera de saberse enviado es haber sentido la necesidad de pedir misioneros para nuestro mundo. Suele suceder entre los mejores cristianos que se duelen de lo alejado que anda nuestro mundo de Dios, que se deseen sinceramente un cambio radical y que, incluso, lo pidan con insistencia en su oración, pero que no permiten a Dios que cuente con ellos. Cuantos no quieren saberse enviados, los que no desean ser apóstoles de Cristo en su mundo, no deberían pedir nuevos misioneros ni pueden considerarse buenos discípulos.

Jesús no sólo invita a rezar, termina siempre por mandar a predicar. A los que envía al mundo, les ha hecho, primero, sus confidentes, pues ha compartido su vida y su oración; y después, los ha convertido en sus representantes. Para ello, además de su tarea, los provee de sus consejos. El misionero ha de saber que evangelizar no es fácil. Sus apóstoles, advierte Jesús, se sentirán como ovejas entre lobos, rodeados y acosados. Pero no será esa la peor de las dificultades: frente a la vida amenazada, no les promete demasiadas seguridades; tendrán que ir ligeros de equipaje, sin más provisiones que la paz y las prisas: porque el reino de Dios llena el corazón del apóstol de Cristo, quien lo anuncia sabe que están atendidas sus necesidades; dedicarse a Dios por entero, hace que Dios cuide de uno; y en ello radica la paz prometida al apóstol. Y porque se sabe enviado, no podrá perder tiempo hasta que no llegue a su destino; quien no sea oyente del evangelio, no merece convertirse en prójimo del evangelizador. Las atenciones del apóstol de Jesús las obtiene quien atiende el reino de Dios. Solo donde el evangelio obtiene acogida, allí tiene su hogar el apóstol; éste descansa allí donde hay una familia que acepta a Dios.

Nos pueden parecer exigencias inauditas, irrealizables hoy. Y lo son. Pero el problema no es que sean duras las condiciones que impone Jesús a sus apóstoles; el problema es que, por no llevar el reino de Dios en nuestro corazón, no nos sentimos enviados por Cristo al mundo. Es verdad que Jesús impone la pobreza al evangelizador, pero más verdad es que no hay pobreza para quien tiene el reino de Dios en su corazón y entre sus manos. Es verdad que para el apóstol de Cristo es consolador, a veces incluso necesario, ser aceptado; pero no es menos cierto que lo decisivo no es el consuelo del apóstol sino la aceptación del evangelio de Dios. Nadie va a negar que el apóstol necesita de un hogar donde sentirse querido, para ser un buen apóstol; no obstante, la mejor familia del apóstol está allí donde Dios tiene sus hijos, porque han recibido su salvación. En ningún sitio se ha de encontrar mejor el evangelizador que en donde se haya acogido a su Dios.

Nos pueden parecer extraordinarias las pretensiones de Jesús, pero son la lógica consecuencia de la llamada: quien sirve a Dios, ha de hacerlo renunciando a proyectos personales y despojado de seguridades. A cambio, Dios le concederá su poder. Los discípulos de Jesús nos perdemos hoy la alegría de poder hacer prodigios, porque tememos presentarnos al mundo como enviados de Dios. No teniendo la osadía de representarlo, tampoco gozamos de su poder delegado: basta saberse enviado de Jesús, para saber que contamos con su misión y sus poderes. No es que Dios no haga ya milagros, es que no encuentra quien le represente bien.

Bien mirado, no es lo más decisivo poder realizar prodigios. Determinante es que el apóstol es obrador de portentos, porque es súbdito de Dios, y sólo en el caso de que lo sea. Súbdito del reino será mañana quien hoy lo sabe proclamar cercano. El apóstol de Cristo, su lugarteniente en la tierra, tiene ya su nombre inscrito en el cielo. Que Dios sea nuestro futuro depende de que hoy seamos no ya simplemente buenos discípulos, sino de que logremos ser sus testigos creíbles. Si no logramos ser excelentes apóstoles, no estaremos seguros de habernos familiarizado con Jesús hoy ni quedará fuera de duda nuestra salvación mañana. Es mucho lo que arriesgamos, retardando nuestra entrega a misión que Jesús entrega a sus seguidores.